

Título: El placer de despistarse - Pseudónimo: Lampedusa

Carmen llegó a Sevilla despistada. Despistada a propósito porque en estos tiempos de navegadores, Google Maps, ubicaciones y localizadores, nadie se despista si no es porque quiere.

Estudiar en esta Ciudad, que tras sus primitivos orígenes y después de haber sido cuna de emperadores llegó a ser capital mundial del oro, era un deseo que se fue fraguando desde que tenía desde que era una niña chica.

Por eso llegó a Santa Justa sin saberse la lección de memoria, con gusto de intentar recorrer por su cuenta el trayecto hasta la Facultad de Derecho, al comienzo de la calle Enramadilla. Muchas veces se imaginó Carmen corriendo ligera al bajarse del AVE hasta pararse delante del panel que anuncia los trenes de cercanías, buscando el que la tenía que llevar a la Estación de San Bernardo.

El viaje en tren desde Madrid fue un verdadero paseo y ella, que venía repleta de sueños, de ilusión y de inquietudes, apenas tuvo tiempo de acomodarse y mirar un poco por la ventanilla. Cuando se quiso dar cuenta ya le alcanzaba la vista hasta la torre del aeropuerto, y después pudo ver la Giralda al cabo de un momento.

Antes de que la metálica voz de la megafonía de los coches anunciara la llegada, ya estaba ella de pie en el descansillo con la mochila a cuestas, unas veces quieta con las manos en las asas y otras dando un pasito adelante para formarse un objetivo con las manos, para verlo todo más de cerca pegando la nariz al cristal de la puerta de salida.

Ligera de equipaje salió por la rampa mecánica y de ahí a buscar su tren de enlace, para llegar con tiempo de sobra a la Secretaría y entregar el sobre con toda la documentación de la matrícula. Tras el mero trámite, en la calle estudió los croquis de la mampara para ver el recorrido de los autobuses 121, 122, 123, 124, 126, 130A y 130B, porque le quedaba mucho día por delante y quería seguir despistándose por Sevilla.

Le estaba costando decidir la próxima parada cuando de dio cuenta de que en su imaginación había parado de construir ese viaje tras el momento de verse como alumna de la Universidad de Sevilla. En ese mismo instante, mientras giraba sobre sí misma para pensar a dónde ir, reparó en que ahí mismo estaba la estación de bicicletas, las cuales incrementaban esa sensación de aventura que tanto estaba queriendo disfrutar.

Del Prado de San Sebastián fue al Parque de María Luisa, atravesándolo hasta el Gurugú. La mañana no podía lucir más espléndida cuando alcanzó la Puerta de Jerez, y pedaleando por los Jardines de Murillo iba Carmen buscando el Callejón del Agua.

Nunca más volvería a llegar por primera vez a Sevilla, jamás se repetiría ese primer día en el que ni sabía dónde estaban los sitios ni le importaba. No volvería a sentir ese provocado despiste para ir de un lugar a otro sin rumbo fijo, encantada de perderse.